

MEDITACIONES BIBLICO-TEOLOGICAS SOBRE LA UNIDAD

CARLOS MASCARÓ

Ofrecemos aquí ocho esquemas biblico-teológicos que pueden servir como puntos de meditación, homilías, vigiliass... muy oportunass en Seminarios o Comunidades religiosas, para la Semana de la Unidad.

(*Oremos por la unidad*, págs. 34-38.
Centro Ecuménico Juan XXIII).

I.—*Unión en Adán, nuestro común padre según la carne*

— Todos los hombres hemos heredado de Adán (Gén. 5, 3) la imagen de Dios (Gén. 1, 26-27). La imagen de Dios en nosotros es inagotable, de lo cual nace la variedad; pero, siendo una, supera siempre esa variedad, para convertirla en una unidad más alta. Todos los hombres, por encima de las diferencias raciales y temperamentales, poseemos la unidad, mucho más excelsa, de la imagen divina.

— Toda la creación adquirió unidad y armonía con el hombre (Gén. 1, 26). Mas, el pecado introdujo el desorden (Gén. 3). La tierra se hizo ingrata para el hombre (Gén. 3, 17-19). Y los hombres, enemigos entre sí (Gén. 4, 8; 23). Desde entonces la unión es una conquista contra el pecado, en el cual estamos todos inmersos (Rom. 3, 9-20). (Rom. 5, 12-21).

II.—*Unión en Abraham, nuestro común padre en la fe*

— No sólo nos une la imagen divina, sino también una historia común con la que Dios nos ha querido salvar formando un pueblo

(Jn. 11, 51-52; I Pet. 2, 9-10) de los que éramos por el pecado una masa informe (Is. 53, 6; I Petr. 2, 10). Este pueblo nació de la alianza de Dios con un hombre: Abraham (Gén. 12, 1-3; 15; 17, 1-16) y gracias a la dimensión de la fe (Gén. 15, 6; Rom. 4; Gál. 3, 6-18; Hebr. 11, 8-11).

— La fe, como apertura plena a la voluntad divina, congrega. Todo acto de fe es un acto de unión. El pecado dispersa. Esta es la continua alternativa del A. T.: Dios dispersa a su pueblo por sus pecados; pero después le congrega acordándose de la fe de Abraham, Jacob e Isaac (Ez. 20, 34-37; Ex. 32, 8-14).

III.—*Unión con Cristo, nuestra común cabeza*

— La redención nos ha unido a Cristo con todos los lazos. Cristo es para nosotros, a un tiempo, maestro (Jn. 13, 13), modelo (Jn. 14, 6), alimento (Jn. 6, 55) y vida (Jn. 15, 5). Todo lo que somos en el mundo sobrenatural lo somos en El, por El, para El y con El.

— Cristo quiso que estos títulos de unión con El se convirtieran en títulos de unión para con nuestros hermanos los hombres. En efecto, aprendemos del mismo maestro, imitamos al mismo modelo, nos alimentamos del mismo pan, vivimos la misma vida. Formamos, plena y realmente, el Cuerpo del Señor (I Cor. 12; Ef. 1, 22).

IV.—*Unión en el Espíritu Santo, nuestro común santificador*

— La obra de plasmar a Cristo en nuestra alma la realiza el Espíritu Santo, prenda de nuestra posesión de la salud (Ef. 1, 14). Tenemos un común artífice de nuestra vida cristiana, que nos conduce a toda verdad (Jn. 16, 13), que clama en nosotros "Padre" (Gál. 4, 6), que intercede por nosotros con gemidos inefables (Rom. 8, 26) y del cual somos templo (I Cor. 3, 16). Este Espíritu en sus obras, que somos los cristianos, marca su sello, que nos presta unidad y armonía.

— Pentecostés es un misterio de unidad. Todas las naciones se unieron por vez primera en torno a los Apóstoles, llenos del Espíritu Santo (Act. 2, 5-13). El pecado había culminado en la confusión y dispersión de Babel (Gén. 11); la gracia de Cristo culminó en la unidad de los bautizados de Pentecostés.

V.—*Unión en la Eucaristía, nuestro común alimento*

— La Eucaristía es el sacramento de la unidad. Es comunicación con la carne del Señor (I Cor. 10, 16). Mas, esta comunicación con la carne del Señor se hace comunicación con todos los que lo reciben. Partimos el mismo pan y al participar de él se hace realidad la palabra de Pablo: “Por ser el pan uno, somos muchos un solo Cuerpo, pues todos participamos de ese único pan” (I Cor. 10, 17).

— La Eucaristía nos incorpora a la totalidad del misterio cristiano (I Cor. 11, 25-26). Es la que forja el realismo del Cuerpo Místico, misterio de unidad (I Cor. 10, 16-17).

VI.—*Unión en la Iglesia, nuestra común madre congregadora*

— La unión de los gentiles y los judíos en un tercer pueblo (Ef. 2, 11-22), realizada por Cristo y culminada en Pentecostés, debía ser consumada por la Iglesia. Ella es la encargada de continuar la congregación sucesiva: primero de Israel, a lo largo de todo el Antiguo Testamento, y luego de todos los pueblos, en el Nuevo Testamento. Cada cristiano es un “congregado” —llamado— por esta Iglesia.

— La Iglesia de Cristo está sobre todo partido (I Cor. 1, 10-16), clase (Gál. 3, 28; I Cor. 9, 20) o nación (Gál. 3, 28; I Cor. 9, 19-23). Se encuentra en todas las realidades humanas, sin dejarse absorber por ellas. Además, como el Apóstol, renuncia a lo personal, a la propia cultura, manera de pensar y enfocar los problemas, cuando la Iglesia está en juego, para hacerse todo para todos. Todo es vuestro... (I Cor. 3, 21-22).

VII.—*Unión en la Resurrección, nuestra común esperanza*

— El cristiano está abierto a la esperanza de un hecho futuro: la venida de Cristo, que nos libraré definitivamente de la muerte, por la resurrección de la carne (I Tes. 1, 10; Fil. 3, 20-21). Todas las esperanzas humanas quedan en la sombra ante esta gran expectación por la venida de Cristo. El es para todos los cristianos El que fue, El que es, y, sobre todo, El que viene (Ap. 1, 8). Todos se unen en una aspiración suprema, la llegada definitiva de Cristo.

— Perder el sentido de la esperanza es encerrarse en el “hoy”.

Entonces surgen los intereses, los egoísmos y la desunión. Quien vive proyectado hacia el futuro debe estar desprendido del presente (I Cor. 7, 28-31). Cuando los cristianos vivan intensamente esta esperanza, se realizará, con plenitud el diálogo final del Apocalipsis: “Ven, Señor Jesús”. “Sí, vengo pronto” (Apoc. 22, 20).

VIII.—*Unión en la Trinidad, nuestro común destino*

— Toda la historia bíblica tiene como argumento el acercamiento progresivo de Dios a los hombres. Este acercamiento comienza por la creación (Gén. 1, 26) y tras el pecado, se va concentrando en alianzas concéntricas cada vez más íntimas, con Noé (Gén. 9, 1-17), con Abraham (Gén. 12, 1-3; 15; 17, 1-16), con Israel (Ex. 24, 4-8).

— Los profetas anuncian una alianza mesiánica (Jer. 31, 31-34) (Ez. 37, 26-28). Esta alianza llega a su realización plena en la sangre de Cristo (comparar Ex. 24, 28 con Mt. 26, 28; Mc. 14, 24; Lc. 22, 20; I Cor. 11, 25). Su consumación comunitaria es descrita en forma de nupcias (Apoc. 21, 22).

— El misterio cristiano es un misterio de unión de todos los hombres con Dios. Esta unidad llega a hacerse trinitaria por medio de la carne de Cristo, que nos introduce en la morada del Padre (Jn. 12, 2-3). Pero, según el ardiente deseo de Cristo, la unión de los cristianos entre sí debe ser un reflejo fiel de la unión trinitaria (Jn. 17, 21-23). Esta es la condición de que el mundo crea que Cristo es el enviado de Dios (Jn. 17, 23).